

Sobre la portada

Tampico, Tamaulipas, 1950. En la fotografía vemos, tercero de izquierda a derecha, con gafas, a José Ignacio Mantecón, exiliado republicano español, en compañía de algunos trabajadores petroleros. ¿Qué circunstancias hicieron que Mantecón, intelectual y político aragonés, amigo de Luis Buñuel, Federico García Lorca, Rafael Alberti, entre otros integrantes de la Generación del 27, que luchó en la guerra civil española en defensa de la república, diez años después de su llegada a este país tuviera que trabajar en la industria petrolera nacional?

Hagamos un poco de historia. José Ignacio Mantecón Navasal nació el 26 de septiembre de 1902 en Zaragoza, en el seno de una familia de la burguesía local. Después de concluir el bachillerato en el Colegio de El Salvador de los jesuitas, ingresó a los catorce años a la Universidad de Zaragoza para estudiar simultáneamente las carreras de Derecho y de Filosofía y Letras. En 1924 se doctoró en Derecho por la Universidad Central de Madrid e ingresó por oposición al Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. De 1926 a 1935 vivió en Sevilla, donde combinó su trabajo en el Archivo General de Indias y la dirección del Archivo de la Delegación de Hacienda en esa ciudad, con la gestión de los asuntos jurídicos de la sucursal que la empresa constructora propiedad de su padre tenía allí. Su afición al fútbol y su plena identificación con el ambiente sevillano lo llevaron a ser presidente electo en 1932 del Betis Balompié, que bajo su presidencia se coronó campeón y ascendió a la primera división española.

Desde muy joven Mantecón manifestó su interés por la política, orientándose hacia un republicanismo de izquierda. Se opuso a la dictadura de Primo de Rivera y fue un activo promotor de la instauración de la segunda república. En esos años se afilió al partido Acción Republicana de Manuel Azaña, posteriormente integrado en Izquierda Republicana, agrupación en la que militó durante toda la guerra civil. Ya exiliado en México y casi una década después de concluido el conflicto, se afilió en 1948 al Partido Comunista de España.

Intelectual comprometido, defendió el gobierno legítimo de la república y combatió en diversos frentes de batalla durante la guerra civil española. Fundó las Milicias Aragonesas y fue comisario de la 72 Brigada Mixta. En agosto de 1937 el presidente del gobierno Juan Negrín lo nombró gobernador general

de Aragón, con la misión de reconstruir el orden republicano en la retaguardia, correspondiéndole hacer efectivo el decreto que disolvió el Consejo de Aragón, de orientación anarquista. Su gestión enfrentó serias limitaciones, pues no tenía el mando de las fuerzas militares en la región y los enfrentamientos entre los diferentes grupos políticos dificultaron su labor. Los socialistas, los comunistas y los republicanos elogiaron su actuación, mientras que los anarquistas la criticaron. Tras la caída del frente aragonés en abril de 1938, fue nombrado comisario general del Ejército del Este, con la encomienda de reorganizar esa unidad militar. Al perderse Cataluña en febrero de 1939, cruzó a pie la frontera con Francia y desde allí voló de regreso a la zona centro-sur como comisario inspector del Ejército de Levante, pero poco pudo hacerse, pues la guerra estaba ya perdida. En abril de ese año partió rumbo al exilio y al mes siguiente el doctor Negrín lo nombró secretario general del Servicio de Emigración de Republicanos Españoles (SERE) con sede en París, haciéndose cargo de la organización de las expediciones de refugiados hacia tierras americanas. De mayo a junio de 1940 estuvo detenido en el campo de concentración de Vernet d'Ariège. Tras ser liberado pudo salir de Francia y después de algunas peripecias, que incluyeron una corta estancia en República Dominicana, llegó a México en julio de ese año, en cuya capital se instaló para siempre.

Los primeros años en el país no fueron fáciles, y para poder subsistir tuvo que realizar muy diversos trabajos, algunos ajenos a su vocación e intereses académicos. Durante un tiempo colaboró con el CTARE, el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles, en varios de los proyectos que este organismo financió. Entre 1943 y 1946 fue becario-investigador de El Colegio de México y, al mismo tiempo, trabajó en la Biblioteca Nacional como catalogador de los fondos de los siglos XVI y XVII. En 1945 fue uno de los profesores fundadores de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, en la cual impartió durante 19 años los cursos de bibliología y paleografía, siendo declarado en julio de 1964 maestro emérito de la misma.

El año de 1950 fue particularmente difícil para él desde el punto de vista económico y aceptó el trabajo que el señor Turu, un japonés que tenía contratos con Petróleos Mexicanos, le ofreció para trabajar en Tampico, y así fue como este bibliógrafo aragonés trabajó durante un año en los pozos petroleros de la región. Al año siguiente regresó a la capital del país y se incorporó como director de ediciones a la editorial Patria, en la cual tuvo a su cargo durante 26 años la publicación de muchas y muy diversas obras de carácter literario, histórico y de divulgación, así como libros de texto.

En 1955 ingresó como investigador a la UNAM, primero en el Instituto de Investigaciones Estéticas y luego, en 1959, en la Biblioteca Nacional, donde se hizo cargo de la jefatura del recientemente creado Instituto Bibliográfico Mexicano. Al fundarse en septiembre de 1967 el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, al cual se adscribieron la Biblioteca y la Hemeroteca nacionales, Mantecón se incorporó al mismo y con el tiempo se convirtió, según destacó uno

de sus directores, el doctor Ernesto de la Torre, en “el investigador más antiguo, el más respetado, el más solicitado en todo instante para la resolución de los problemas bibliográficos que ahí se presentan”. Desde 1963 fue miembro del Colegio de Bibliotecología y Archivología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde impartió durante quince años diversas cátedras, entre ellas las de bibliología, historia de las bibliotecas y bibliotecología comparada. Es considerado uno de los creadores del moderno sistema bibliotecario mexicano, motivo por el cual la UNAM le rindió homenaje en 1978.

Publicó más de dos centenares de obras, entre libros, artículos, ensayos y reseñas, varias de las cuales son clásicas en su género y abrieron nuevas rutas en los campos de la bibliografía, la paleografía y el estudio de las fuentes documentales para la historia de México. Parte de esta producción la escribió en colaboración con otro destacado exiliado español, Agustín Millares Carlo.

Mantecón falleció en México en junio de 1982 a la edad de 79 años, sin haber regresado nunca a su patria.

Marco Aurelio Torres H. Mantecón